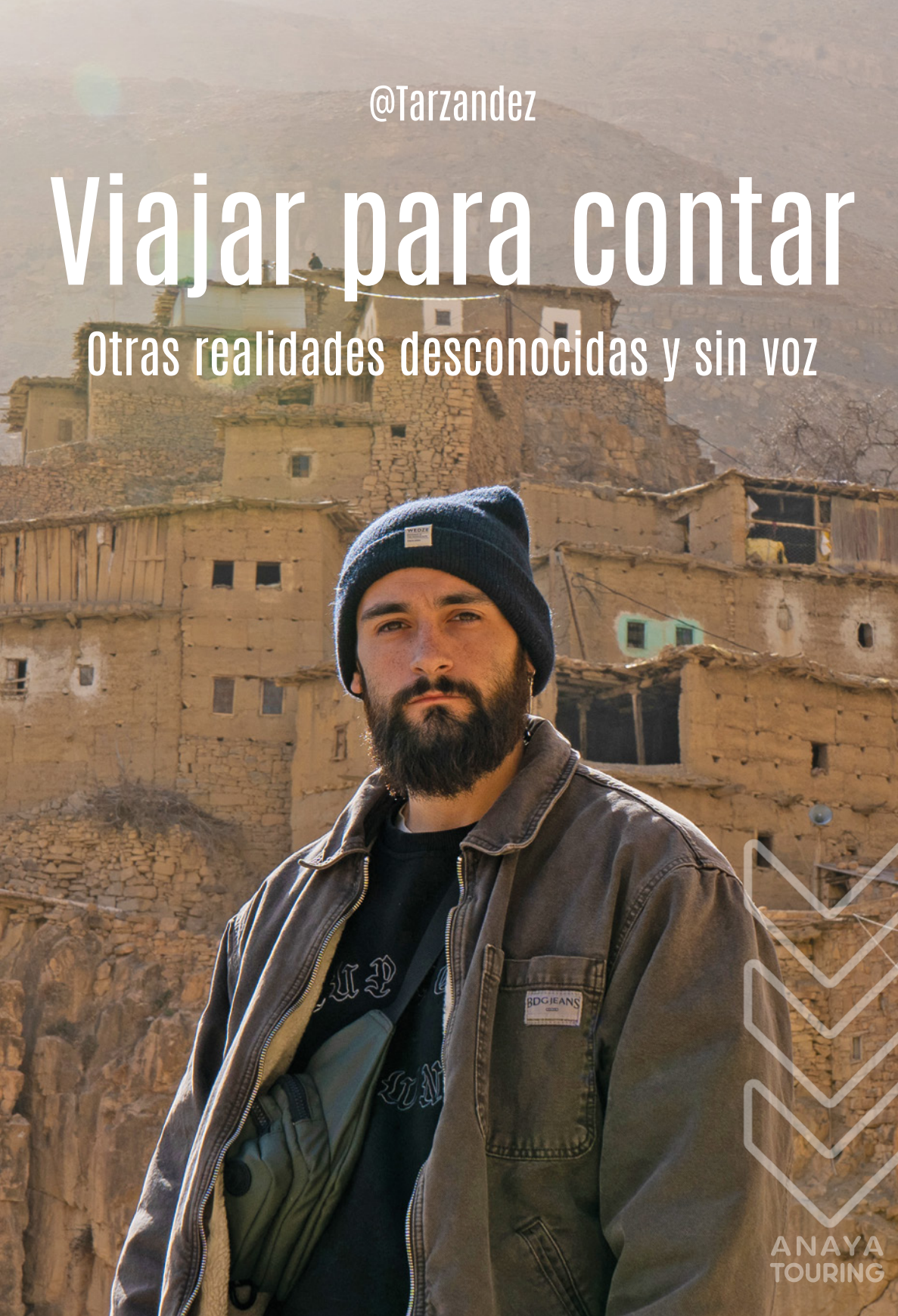
@Tarzandez

Viajar para contar

Otras realidades desconocidas y sin voz



ANAYA TOURING

Viajar para contar

Otras realidades desconocidas y sin voz



ANAYA
TOURING

Viajar para contar

— Otras realidades desconocidas y sin voz —

Alex Hernández
@Tarzandez



Agradecimientos

A mis padres, ***Jose María*** *y* ***Celia****, por todo su amor.*
A mi hermano ***Joel****, mi compañero de aventuras.*
A ***Aida****, por su amor y apoyo incondicionales.*
A ***Salvi****, por sus enseñanzas en tierra lejana.*
A ***David Beriáin****, por inspirarme.*

Introducción

Cuando era niño y comenzaba a llover, montaba una tienda de campaña en el jardín. La colocaba justo debajo del aguacero, cubría el interior con mantas y cojines y me tumbaba dentro a escuchar el golpeteo incesante del agua sobre la lona. No era simplemente un juego. Era, en mi mundo infantil, una forma de viajar. Cerraba los ojos y me dejaba llevar por el sonido de la lluvia, como si cada gota abriera una pequeña puerta a otro lugar. En aquel pequeño refugio, mi mente se desplegaba hacia tierras lejanas, paisajes desconocidos, aventuras sin nombre.

De alguna manera, siempre supe que quería explorar mundo. Pero no me interesaban los mapas ni los destinos turísticos. Lo que me fascinaba era lo que estaba oculto, lo invisible, lo que no salía en las noticias ni figuraba en los libros de texto. Desde muy pequeño, me sentía impulsado por una especie de hambre inexplicable, una necesidad casi física de salir al encuentro de lo desconocido.

Mi imaginación fue mi primera forma de viajar. Cuando mi madre me preguntaba qué había hecho en la escuela, rara vez respondía con la verdad. En su lugar, inventaba historias: encuentros con animales exóticos, laberintos, islas secretas. Mentiras, dirían algunos. Pero para mí, aquellas historias eran más reales que la realidad misma. Eran la expresión de un deseo profundo: el deseo de vivir mil vidas.

Con el tiempo, ese impulso se volvió más concreto. Mi conexión con la naturaleza, por ejemplo, fue tan temprana como obsesiva. Pasaba horas en el patio de mi casa fotografiando insectos, atrapando serpientes, observando el vuelo de las aves. Mis padres me llevaban al río, y yo desaparecía entre las piedras, fascinado por la vida que se escondía bajo cada roca. Los animales fueron

mis primeros maestros. Me enseñaron a mirar en silencio, a no imponerme, a respetar.

Años más tarde, cando comencé la carrera de periodismo, me sentí desubicado. No era el oficio lo que me decepcionaba, sino la forma en que se enseñaba a mirar el mundo: con prisa, con distancia, con estructuras rígidas.

Yo no quería informar. Quería entender. Quería convivir. Quería narrar desde dentro. Así que cuando terminé la universidad, hice lo único que tenía sentido para mí: me perdí. Viajé todo lo que pude, con lo que tenía. Y en esa deriva encontré, sin saberlo, la que siempre había sido mi vocación: contar historias. Pero no cualquier historia. Historias que nacen en los márgenes, en las esquinas del mundo, en los lugares donde el dolor y la belleza conviven con naturalidad. Historias que muchas veces no caben en titulares, pero que dicen mucho más que cualquier noticia.

La tinta de estas páginas es el resultado de ese camino. Un intento de escuchar antes de juzgar, de mirar antes de opinar, de dejarme transformar por todo lo que he visto, vivido y sentido. Relatos que hablan de personas, de contextos difíciles, de contradicciones, de dignidad, de ternura, de resistencia.

No escribo desde la autoridad. No escribo para dar respuestas. Escribo porque tengo preguntas. Porque aún hoy, el mundo me sigue pareciendo un lugar indescifrable y hermoso. Porque tengo miedo, sí. No a la muerte. Sino a no haber visto lo suficiente. A no haber escuchado con la atención debida. A no haber estado donde debía estar.

Somos, como escribió Caballero Bonald, el tiempo que nos queda. Y este libro es mi forma de honrar ese tiempo.

Alex Hernández

Historias y aventuras que ‘cuentan’

Todo el mundo habla hoy día de la aventura. Cerca de 394.000.000 de resultados presenta *Google* alrededor de ese concepto. Ya nadie quiere ser turista. El hito es convertirse en viajero. O, de otro modo: transformarse en un auténtico, genuino y codiciado aventurero. Es algo legítimo. Las personas prefieren alejarse de los circuitos convencionales, paladear lo diferente y sentir que transitan por territorios ignotos o casi inexplorados. Yo creo, no obstante, que necesitamos (buenos) turistas y (mejores) viajeros. Para ello, es crucial estar dispuesto a aprender y, más que nunca, a desaprender.

Aventura es lo que ha de llegar. La curiosidad es clave para el viaje y para la vida. Constituye un impulso humano de ir más allá de lo conocido, de cruzar fronteras físicas y mentales. En la historia, los viajes han encarnado este deseo profundo de descubrimiento. Desde Ulises, protagonista de *La Odisea* de Homero a Miguel de la Quadra-Salcedo. Muchos sintieron el impulso de ir más allá. La travesía de Ernest Shackleton y su tripulación, atrapados en el hielo de la Antártida, es un ejemplo de ese deseo. Pero también de cómo el prefijo “des” confiere a la palabra “aventura” un matiz interesante. Aventuras y desventuras van de la mano. Pero solemos, quizás por razones obvias, conferir más protagonismo a las primeras. Las otras apenas nos las cuentan. Casi nunca las miramos. Quedan en los “márgenes”. Solo 745.000 resultados para el concepto desventura en el “gran” buscador.

El libro “Viajar para contar: Otras realidades desconocidas y sin voz” es una apuesta valiente y genuina por viajar en zigzag por ambos territorios: la aventura y la desventura. Sus páginas están repletas de detalles, matices y atmósferas de personas anónimas que, sin embargo, dejan un aprendizaje de gran valor. Alex Hernández los cuenta además con la humildad, la humanidad y el coraje de alguien que mira a la cara a la vida. Por eso este libro es y será una herramienta decisiva para turistas (deseosos de aprender) y para viajeros (hambrientos de aventura).

En sus páginas nos topamos con héroes de lo sencillo, voces malditas que, a pesar de todo, invitan a construir un mundo mejor. Y este crisol de historias está tejido con la voz curtida y desgastada de un periodista que se ha esforzado para aplicar y aprender de esa fórmula clave: ir, mirar y contar. El autor, periodista de formación y gran divulgador digital, ha ido. Y además ha ido con la voluntad de conocer, de sorprenderse y de desquebrajar prejuicios. Luego, en el allí, se ha esforzado por mirar pero desde lo humano. Y esto es clave: no hay historia sin conflicto y no hay conflicto sin personas. Alex Hernández sabe hilvanar diálogos entre los lugares y sus habitantes. Ejercita el necesario arte de la escucha activa y adereza sus historias con atmósferas, detalles y pinceladas que ayudan a entender. Su mirada es propia y eso hoy día es igualmente una gran virtud. Todos podemos “decir” en el ciberespacio. ¿Pero cómo diferenciarnos? ¿Cómo decir algo diferente? ¿Cómo contar este mundo -paradójico y maravilloso- para que alguien nos dedique su bien más preciado: el tiempo?

El autor sabe esculpir un relato que es propio y eso le confiere un valor añadido. El ir, el mirar y el contar se conectan de forma idónea en este crisol de historias que son, igualmente, un viaje.

Y esta es la clave. Viajar, en el fondo, es una metáfora de vivir: lanzarse, perderse, encontrarse. Por eso este libro es difícil de catalogar. No es solo un ensayo periodístico. No es solo un libro de viajes. No es solo una colección de crónicas. No es solo un viaje al exterior. No es solo un viaje a uno mismo. El libro "Viajar para contar: Otras realidades desconocidas y sin voz" es todo ello y más. Porque nos conecta con la esencia más maravillosa y permanente que nos define como humanidad: Las historias. O mejor: las buenas historias.

Buen viaje y buen viento.

Santiago Tejedor
Catedrático de Periodismo
Director Máster Periodismo de viajes UAB
Bellaterra, agosto 2025.


KENWOOD



Índice

El Barrio Alegre | *México* 14

Aissawa | *Marruecos* 50

Orang Hutan | *Borneo* 74

Ketama | *Marruecos* 128

Voces de Palestina | *Jordania* 160

Mineros del infierno | *Indonesia* 190


AÉROPOSTALE



Barrio Alegre

México

Un mundo distinto

Las noticias de los periódicos digitales me habían puesto sobre aviso nada más bajar del avión. Un medio de Guadalajara hablaba de una mujer a la que habían atado, torturado y asesinado en una localidad cercana. Otra noticia relataba un tiroteo que había dejado varias víctimas fatales. Más abajo, un titular anunciaba el hallazgo del cuerpo descuartizado de una joven en el interior de su domicilio. Todas esas historias compartían un detalle inquietante: habían sucedido el día anterior.

Aquellas noticias me habían acompañado en mi primer trayecto por Guadalajara desde el aeropuerto hasta el pequeño pueblo donde se encontraba el 'Barrio Alegre'. A medida que atravesábamos la ciudad, algo llamó poderosamente mi atención: una enorme rotonda cubierta por completo de fotografías de personas. Pregunté a Iván de qué se trataba, y él, sin apartar la vista de la carretera, respondió con naturalidad: "Es la *'Glorieta de los Desaparecidos'*. Antes se llamaba *'Glorieta de los Niños Héroes'*, pero la gente la rebautizó como protesta ante la indiferencia del gobierno."

Miles de rostros envolvían cada centímetro de aquel monumento, tantos que los carteles se apilaban unos encima de los otros, compitiendo por un espacio en el que mantenerse visibles. Las familias, en un intento desesperado por no permitir que su ser querido cayera en el olvido, pegaban nuevos carteles sobre los antiguos, superponiéndolos en una lucha silenciosa contra la indiferencia. Aquella maraña de fotografías no solo reflejaba la ausencia de los que faltaban, sino también la angustia de quienes aún los buscaban. Más tarde descubriría que Jalisco era el Estado con más desapariciones de todo México. En 2024, más de 14.000 personas fueron reportadas como desaparecidas. Jalisco también ostenta el macabro título de ser uno de los estados con el mayor número de fosas clandestinas. Aquel lugar gritaba violencia por los cuatro costados.

Derecha: Siete años. Un revólver en la mano y el mundo entero en contra. *(Guadalajara, 2022)*


CANADA
VANCOUVER

Paradójicamente, había sido la violencia precisamente la que me había traído hasta aquí. No por morbo ni por sensacionalismo, sino porque quería entender cómo se vivía en un lugar donde la muerte y la tradición parecían entrelazarse de formas insospechadas. Conocí a Iván en la escuela de cine, donde coincidimos en el máster de Cine Documental. Desde el primer día, Iván no dejó de contarme historias fascinantes sobre su pueblo, un pequeño rincón de Guadalajara donde la violencia, el folclore y la religiosidad convivían de una manera única.

Su enérgica y apasionada forma de hablar de su tierra me cautivó. Nos hicimos amigos de inmediato y, junto a Arturo, trabajamos unidos en un proyecto documental sobre un lugar que parecía sacado de un cuento: el *'Barrio Alegre'*. La propuesta ganó una beca de la escuela, lo que nos permitió viajar hasta allí para documentar la vida en un barrio que, hasta aquel momento, solo existía en mis conversaciones con Iván.

Probablemente fuera la explicación del nombre lo que más me había fascinado de aquel lugar. En ese pequeño pueblo a las afueras de Guadalajara, dentro de las pocas calles que conforman el barrio, se encuentran siete cantinas con prostitutas. Fue este peculiar detalle el que le otorgó su nombre: *'Barrio Alegre'*. Un sitio donde la vida nocturna y la tradición mexicana se entrelazaba inevitablemente en una mezcla de música de banda, violencia, narcotráfico y secretos compartidos tras las puertas de madera de las cantinas.

Durante meses, Iván me había hablado del *'Barrio Alegre'*, describiéndolo con una mezcla de orgullo, crudeza y nostalgia. Lo había imaginado incontables veces en mi cabeza, pero ahora, después de ese primer impacto con la violencia latente en Guadalajara, me preparaba para conocerlo de primera mano.

El coche nos dejó en una calle estrecha, pavimentada con piedras desiguales. A lado y lado, los edificios se alzaban tímidamente a una altura de no más de dos pisos. Algunas fachadas estaban pintadas de colores llamativos que oscilaban entre el azul, el amarillo y el salmón, dotando al lugar de una belleza muy peculiar. El calor de las primeras horas de la tarde había dejado las calles prácticamente inmóviles, pero bajo aquella escena de tranquilidad, el lugar parecía tener vida propia, escondiendo historias en cada rincón.

Anduvimos unos metros hasta alcanzar la esquina, donde había situada una pequeña licorería. Sobre la fachada pude leer un cartel que decía: *'Licores Quezada'*, la tienda de los abuelos de Iván. Desde el interior, a través de una puerta metálica con barrotes, un hombre lanzó un grito en nuestra dirección y salió a nuestro encuentro.

—¡No sabía que habías regresado, carnal! ¿Qué tal te ha tratado la vida por allá en España? —dijo el hombre mientras saludaba efusivamente a Iván.

—Me han tratado bien, pero he extrañado mucho México—respondió Ivan con una sonrisa sincera. —Ellos son Alex y Arturo, los dos españoles que han venido a conocer el barrio.

—¡Bienvenidos al 'Barrio Alegre'! —exclamó el hombre mientras nos estrechábamos la mano.

Tras las presentaciones, el hombre nos invitó a entrar en el local y comenzó a trastear unas cajas debajo del mostrador. La tienda era pequeña, con estantes repletos de botellas y cajas que se amontonaban sin ningún tipo de orden aparente. Se acercó a nosotros y, lanzando una sonrisa cómplice a Iván, extendió su mano con el puño cerrado, haciendo ademán de entregarme algo. Correspondí el gesto extendiendo la mía, sobre la que dejó con cuidado lo que enseguida identifiqué como un pequeño revólver del calibre 22.

—Vaya con cuidado, está cargada —añadió entre risas mientras abría una cerveza y nos observaba con curiosidad, esperando nuestra reacción.

El arma era diminuta, tan pequeña que podía sostenerla sobre la palma de mi mano. Era completamente dorada, con el mango de madera y relieves decorativos que le daban un aspecto casi lujoso, como si se tratara de un adorno en lugar de un arma mortal. Sobre el cañón, grabadas en letras rojas, podía leerse: *'Gutty Quezada'*. Entre el tambor y el marco se asomaban las vainas de los proyectiles: el arma estaba cargada.

—¿Crees que podemos tronarla? —preguntó Iván, sosteniéndola cuidadosamente, con la mirada fija en el arma como si estuviera evaluando su peso y diseño.

—Claro, carnal. Solo asegúrate de que no rebote —respondió el hombre con la naturalidad de quien estaba acostumbrado a este tipo de situaciones.

Iván tomó el arma y nos hizo un gesto para que lo acompañáramos a la calle. Frente al local, junto a un poste de madera, había apiladas varias bolsas de basura. Arturo y yo nos hicimos a un lado, absortos por lo que estaba a punto de suceder. Yo me sentía como un observador silencioso, intentando procesar cómo algo tan extraño podía parecer tan normal para ellos.

Iván miró a lado y lado para asegurarse de que nadie cruzara. Luego, con calma, accionó el percutor y disparó contra las bolsas. El sonido seco del disparo resonó en la calle, aunque nadie pareció inmutarse.

—No se preocupen, no pasa nada —dijo tras una breve carcajada. —¡Bienvenidos a México, españoles!

En ese instante, comprendí que acababa de cruzar una línea invisible, que lo que para mí era extraordinario, para ellos era cotidiano. Apenas llevaba tres

horas en México, y ya me había dado cuenta de que me había adentrado en un mundo donde lo inesperado parecía ser la norma. Iván me miró con una mezcla de emoción y orgullo, como si estuviera diciendo: *Esto es México, y quería que lo vivieras así*. Mientras el eco del disparo se disipaba en la calle, un pensamiento cruzó por mi mente: en este lugar, las cosas no se explican, simplemente se viven.

Nos invitaron a una cerveza bien fría, un alivio necesario contra el calor sofocante que emanaba del asfalto bajo nuestros pies. A medida que el sol descendía, la licorería comenzó a convertirse en un punto de encuentro. Poco a poco, un grupo de personas fue agolpándose frente al local, coincidiendo con el fin de la jornada laboral. Todo el mundo nos recibía con amabilidad, aunque no podían ocultar su sorpresa ante la presencia de dos españoles en el barrio.

Las conversaciones fluían de un tema a otro sin orden aparente, una maraña de voces que se mezclaban en anécdotas, risas y comentarios sobre el día. Entre albures y brindis espontáneos, la charla tomó un giro inesperado cuando uno de los presentes señaló la esquina al otro lado de la calle.

—Ahí fue donde mataron al "*parse*" —dijo con naturalidad.

—Creo que alguien tiene el video —añadió otro.

El ambiente no cambió, nadie se inmutó. Era como si estuvieran hablando de cualquier otro suceso cotidiano, como si la muerte fuera algo común en aquellas calles. En cuestión de segundos, el video apareció en la pantalla de uno de los móviles y, sin que nadie lo pidiera expresamente, comenzamos a verlo.

Las imágenes en blanco y negro de la cámara de seguridad mostraban a dos hombres peleando a golpes en mitad de la calle, justo frente a donde nos encontrábamos. Algunas personas observaban la escena a escasos metros, sin intervenir, limitándose a observar la escena con indiferencia. De pronto, el "*parse*" se desplomaba tras recibir una puñalada. Se traba de un joven colombiano que se había mudado allí unos años atrás y cuya presencia en el barrio había quedado reducida a un pequeño ramo de flores situado en la esquina en la que había perdido la vida.

Vimos aquel video con la misma frialdad con la que se observa un videojuego o una escena de película de acción. Como si aquello no hubiera sucedido en la acera frente a la que nos encontrábamos, como si no hubiera sido real. Pero lo era. Tan real como el suelo que pisábamos.

Hubo un breve silencio antes de que alguien lo rompiera con una pregunta.

—¿Tú estuviste allí, verdad?

El hombre al que se dirigían asintió sin vacilar.